

tierra que, por repudiar la arbitrariedad, el terror, la violencia, el privilegio ensoberbecido y la barbarie como sistema de gobierno, están contra Franco y junto al pueblo español. En este extenso frente los hispanoamericanos tenemos específicas y muy eminentes responsabilidades. Vamos a referirnos a ellas.

Hemos dicho que los imperialistas sostienen —y explotan, naturalmente— a Franco. Pero como los imperialistas dirigentes, los líderes de la opresión universal, son los que inspiran y mandan al gobierno de Washington, aparece bien claro que los valedores de la tiranía española y enemigos de España son los mismos que nos acogotan y desangran. Por lo que combatir a Franco es un modo de batir a nuestros enemigos y de labrar —con su derrota— nuestra liberación propia.

Para saber hasta qué punto la lucha contra Franco es la lucha contra el imperialismo estadounidense no hay más que indagar la postura de cualquier gobierno latinoamericano. Hay una ley que no falla: *tan pronto uno de nuestros gobiernos comienza a dar la espalda a su pueblo y a entregarse a las empresas extranjeras, comienza también a apoyar el régimen de Francisco Franco.*

Hace unas horas que la ONU ha iniciado sus sesiones en París. Es interesante que fijemos la atención en la manera cómo han reaccionado las delegaciones latinoamericanas. El Delegado venezolano señor Andrés Eloy Blanco dijo: "El problema español no es sólo un problema de gobierno, sino un problema de pueblo. Casi todos mis compatriotas consideran que su actitud hostil hacia el régimen político de Madrid es demostración de profundo afecto por el pueblo español. Ofrecer nuestra amistad a ese régimen sería equivalente a mostrar hostilidad hacia nuestro pueblo". Estas palabras pudieran —debieran— haber sido dichas por todas las representaciones de nuestros pueblos, pues ellas expresan un sentimiento mayoritario y dominante en Latinoamérica. Pero ninguna otra delegación mostró actitud parecida. La mayor parte, mirando hacia la Delegación estadounidense, prefirió callar, o mostrar simpatías hacia el modelo de traidores.

Para los espíritus impresionables, para los hombres de poca fe —que casi siempre terminan en hombres de mala fe— la continua *falangización* de los gobiernos americanos es una muestra definitiva de la fortaleza de Franco. No hay tal. Mirando al fondo de las cosas el hecho no significa sino la culminación de un proceso que va a iniciar de inmediato su deflación, su regreso. La verdad es que los imperialismos, encabezados desde luego por Mr. Marshall, están realizando la última y desesperada obra de intimidación y chantaje y que para ello han llamado a capítulo a sus servidores más cercanos. ¿Y cómo si en lo interno de nuestras tierras los gobiernos desleales han dado paso al imperialismo rapaz, no han de servirlo en la ONU? ¿Cómo si el señor Belt, con la bendición de este mi paisano el Cardinal Arteaga que ahora anda por aquí en tarea política reaccionaria, ha propiciado la acción anticubana de las empresas azucareras yanquis en mi patria, no ha de servir ahora de lacayo transmisor entre Mr. Marshall y Franco?

No hay en verdad razones para el pesimismo, aunque sí para organizar una lucha más enérgica. Mr. Marshall ha dicho un discurso de tonos amenazadores, pero fijaos en que ha

cuidado los caminos de vuelta; Mr. Marshall ha hablado de la guerra inevitable y cercana, pero Mr. Wallace le ha contestado que la guerra no podrá ser porque el pueblo de los Estados Unidos sabe que una potencia triunfadora —caso de serlo los Estados Unidos— es un país comido por el agio, la carestía monstruosa y el desempleo seguro. El ejército inglés anuncia que duplicará sus efectivos ante la contienda inminente; pero mirad que los que tal expresan no han podido estorbar que la Cámara de los Comunes muestre su repulsa a Franco y su adhesión a la República Española. Los personeros de Franco en París, después de haber hablado con los delegados latinoamericanos (con los delegados de los malos gobiernos latinoamericanos, desde luego), ensayan cantar victoria, pero en España, cercado por el combate popular y aterrorizado por el desastre económico, el dictador habla de elecciones municipales, en las que nadie cree, y de componendas monárquicas, que nadie quiere. Los gobiernos de muchas de nuestras naciones se postran ante la Delegación de los Estados Unidos, pero nuestros pueblos no doblan la rodilla ante nadie.

Contemplando la actual situación, en apariencia desesperada, he recordado aquella frase de José Martí, en diálogo con un cubano honesto pero descreído sobre la revolución cubana del 95. Entre usted y yo, decía Martí, no hay contradicción alguna; lo que ocurre es que usted habla del suelo y yo del subsuelo. Y en otra oportunidad sintetizaba: en política, lo real es lo que no se ve. Así ocurre ahora. Las agencias cablegráficas, regidas por los imperialistas, ensordecen al mundo con sus andanadas de intimidación y mentira; muy poco dicen de lo que las masas sienten y piensan contra imperialistas y guerreristas.

Nuestra fe se asienta en las experiencias históricas y en el poder del pueblo. Admitir que los imperialistas puedan ganar la partida es tanto como admitir que las masas de todo el mundo acepten la servidumbre y la miseria. ¿Pero, se están preguntando algunos, no cabrá una tercera salida? Es absurdo imaginarlo. ¿Acaso no es una sola fuerza —aunque aparente diferencias despistadoras— la que oprime a los pueblos? ¿No es la misma fuerza la que agrava la miseria del trabajador azu-

carero de Cuba de la que, al mantener a Franco, hace más amarga la vida del campesino de Andalucía? Si frente a esa fuerza regresiva se divide la acción popular, esa fuerza ganará la partida. Así como en el caso español no hay más que una salida justa y apetecible, la República democrática hija de la voluntad de los españoles, así en el campo internacional no cabe más que una solución: el respeto total al querer de las masas de cada país.

LA RESPONSABILIDAD AMERICANA

Nuestra responsabilidad ante el caso español es parte de nuestra responsabilidad americana. Si los gobiernos que defienden a Franco en la ONU sintieran cumplidamente la presión de la voluntad popular actuarían de modo distinto. Es cosa nuestra, actividad nuestra, cambiarles la orientación; es cuestión interna de cada patria nuestra determinar la correcta postura de América en relación con Franco. Hasta aquí hemos trabajado con ejemplar entusiasmo; hay que redoblar los esfuerzos, hay que otorgar a la campaña contra Franco y por el pueblo español una amplitud continental, hay que articular actividades hasta aquí dispersas; hay que hacer que cada pueblo sienta el caso de España —y la postura de su gobierno ante él— como cuestión propia, como parte de su propio futuro.

Nada podrá impedir nuestro triunfo. Ha llegado la hora de la grande y sagrada unión. Derribar a Franco es, para mexicanos y cubanos, para los americanos todos, inflingir una gran derrota a nuestro más poderoso enemigo; derribar a Franco es nada menos que restarle un pivote al imperialismo que nos socava y cerrar uno de los caminos más importantes en la marcha hacia la guerra. Acerquemos, por el común esfuerzo, el gran día de la liberación española. Será un gran día americano también. Ese día el imperialismo sentirá hasta lo más hondo el poder de nuestra unidad, adivinará su fin próximo, debilitará sus últimas resistencias. Y España será, dueña ya de sus destinos, trabajadora insigne por nuestra liberación, hermana mayor que habrá ganado, por sus largos dolores heroicos, el más alto lugar en la historia de la libertad humana.

Parábola de la abeja

(En el Rep. Amer.)

Un golpe de viento rudo sacudió de pronto las ramas superiores de algunos árboles, produciendo un desprendimiento de hojas y flores silvestres.

Entre las hojas y flores desprendidas, cargada de polen rubio, una abeja montañesa descendió hasta el suelo. Acariciado por los rayos del sol matinal, el polvillo fecundante sonreía con apenas perceptible sonrisa de oro, esparcido sobre la frente de aquel activo agente del genio tutelar que preside los secretos de la fecundación vegetal.

Bien pronto la abeja se repuso de la caída, inició un susurro y el insecto otra vez ganó el espacio, conduciendo alegremente —palpitante en alguna de aquellas sutiles arenas de oro—

el árbol gigantesco de mañana.

Así, en el granillo de locura, que es polen fecundante, colocado en tu frente como sello inconfundible por la mano del Destino, ¡oh artista o pensador! —abejas silenciosas del Ensueño— tiembla oculto, se estremece de amor y canta sonriente a la Vida, el árbol corpulento de mañana. Poco importa la caída de un momento si, en previsión de ellas, la bondad de una hada amiga, ciñó alas al Ensueño, para remontar una y otra vez la altura en donde se fecundan las ideas y en donde se advierte un sereno rutilar de estrellas.

Rubén COTO.

San José, Costa Rica. Mayo 1949.